



las Cortes, que es minuciosamente recorrido, prácticamente segundo a segundo, gracias al seguimiento del trabajo de fotógrafos como Manuel Pérez Barriopedro o Manuel Hernández de León, combinados con las imágenes televisivas que se difundieron posteriormente.

He citado solo a dos de los fotorreporteros, pero el libro menciona y rinde consideración a docenas de ellos, analizando con detenimiento su trabajo y su papel histórico. Además de un ejemplar ensayo sobre la construcción del imaginario de la Transición, el libro de Rafael R. Tranche nos invita a considerar el importante papel de los reporteros gráficos en aquellos agitados años. Con su manera inédita de mirar lo que les rodeaba, supieron ofrecernos imágenes tan complejas como ajustadas a un momento histórico excepcional, dejándonos en la memoria una serie de emblemas que lo condensan para el futuro.

Vicente J. Benet
Universitat Jaume I

Loreo DI NUCCI

La democracia distributiva. Ensayo sobre el sistema político de la Italia republicana

Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2021, 262 pp.

En este libro traducido al castellano por Prensas de la Universidad de Zaragoza, Loreto Di Nucci, catedrático de Historia Contemporánea en la Università degli Studi di Perugia, se propone realizar un balance interpretativo de la historia de la República italiana desde 1945 hasta 2008. Un balance —conviene decirlo ya— más bien crítico y en algunos puntos hasta polémico. En efecto, sin negar los avances sociopolíticos que realizó la sociedad italiana desde 1945, Di Nucci cree que el sistema republicano podría haber dado más de sí en términos de estabilidad política, de prácticas de gobierno

maduras y honestas y de eficiencia y justicia social a la hora gestionar los recursos económicos públicos. El hilo rojo que recorre el libro es, pues, la convicción de que la República no cumplió totalmente con las altas expectativas generadas tras la caída del fascismo y que algunos de los problemas que afligen la política italiana actual —como una situación económico-financiera precaria y un panorama político inestable— hunden sus raíces en aquellos años.

Según el autor, en los mismos orígenes de la República residen un par de defectos políticos determinantes y destinados a agravarse con el paso del tiempo. El primero es el peso abrumador de los partidos políticos en la vida pública, en continuidad con la centralidad que tuvo en los años de entreguerras el Partido Nacional Fascista, «que representó el comienzo de la primera, grande y moderna politización de masas de los italianos» (p. 77). Desde el principio, el nuevo sistema político italiano pivotó en torno a la Democracia Cristiana (DC) y al Partido Comunista Italiano (PCI), la solidez de cuyas estructuras descansaban respectivamente en la consolidada red asociativa del catolicismo peninsular y en la robusta tradición de organización del marxismo tercerinternacionalista. De modo que República nacía con dos sujetos partidistas potentes que, sin embargo, no podían alternarse en el poder, dado que la fidelidad del PCI al campo socialista del este de Europa le impedía tener todo el consenso y el respaldo internacional necesarios para gobernar un país miembro de la OTAN. El mantenimiento del sistema electoral de tipo proporcional hasta 1994 creó, pues, un panorama político caracterizado por una oposición aguerrida centrada en el PCI y una coalición de partidos que gravitaban alrededor de la DC, lo cual fomentó dos tendencias perniciosas: la del PCI a exigir cada vez más en el ámbito social porque sabía que no le tocaría asumir la responsabilidad de gestionarlas políticamente; la





de la corrupción política de los partidos de gobiernos, que prosperaba porque sus dirigentes sabían que no sería castigada por los electores mientras existiera la amenaza de un gobierno comunista en Italia.

El segundo defecto de la República es de tipo económico. Los padres constituyentes tenían claro que, a diferencia de los regímenes políticos del Reino de Italia (1861-1945), la nueva democracia debía promover el Estado de bienestar y los derechos sociales de los ciudadanos. En esto convergían los solidarismos católico y socialcomunista. Pero este objetivo, de por sí comprensible y loable, pronto desembocó en una lógica más distributiva que redistributiva; es decir, los partidos gobernantes construyeron el Estado del bienestar sobre una cierta irresponsabilidad financiera en la medida en que su coste no recayó en ninguna categoría concreta de ciudadanos, sino que se basó en una financiación en déficit. Obviamente, esta manera de estructurar el gasto público aseguraba un alto consenso electoral entre las clases sociales con rentas más sólidas o elevadas, pero a costa de cargar sobre las generaciones posteriores el precio de las medidas sociales adoptadas hasta los años setenta. Los efectos de estas dinámicas malsanas, sostiene Di Nucci, adquirieron particular relevancia en los años ochenta y no fueron contrarrestadas por la acción de gobierno del socialista Bettino Craxi (1983-1987), cuya inflamada retórica reformista careció de una acción contundente en lo que se refería al saneamiento de las cuentas públicas. Por el contrario, durante su mandato no solo aumentó la deuda pública italiana, sino que también empeoró el problema de la financiación ilícita de los partidos italianos. Del razonamiento del autor se colige que el hundimiento de la Primera República (1946-1994) era solo una cuestión de tiempo o de la modificación de determinadas circunstancias políticas que la habían sostenido hasta entonces.

Efectivamente, el final de la Guerra Fría y del espacio soviético en 1989-1991, que provocó a su vez el fin del anticomunismo como factor movilizador de una parte mayoritaria del electorado, y la acción de los jueces de la operación «Manos Limpias» contra los numerosos casos de corrupción política, decretaron el ocaso de la «partidocracia» nacida en 1946. En el trienio 1992-1994, la República italiana fue sacudida por una ola de indignación y de antipolítica que condujo a la disolución de partidos históricos como el socialista o la Democracia Cristiana, al auge de nuevas siglas como la populista Liga Norte y a la legitimación de la derecha posfascista de Alianza Nacional (surgida de la disolución del Movimiento Social Italiano). Quien supo aprovecharse de tamaña crisis sistémica fue Silvio Berlusconi, un hábil y poderoso empresario que, gracias a su imperio mediático y su astucia táctica, construyó un bloque de centroderecha junto a la Liga y a Alianza Nacional con el que ganó las elecciones de 1994 y que competiría durante dos décadas con un centroizquierda acaudillado por el Partido Democrático de la Izquierda (sucesor del PCI) y el ala más progresista de la DC (cuya figura más destacada era el economista Romano Prodi).

La de la Segunda República que comenzó en 1994 es la historia de un régimen político que no acabó de subsanar los defectos de la Primera. Di Nucci le reprocha a la clase dirigente italiana de la época el no haber adoptado un coherente sistema electoral de tipo mayoritario que aminorase el peso de los partidos en la escena pública y que anulase el poder de veto de los partidos pequeños hacia las organizaciones más grandes. Una decisión que tiene su explicación en el clientelismo de los diferentes aparatos de partido para ganar consenso electoral y que causó la inestabilidad de los gobiernos que se sucedieron de 1994 a 2008. A este respecto, algunas de las mejores páginas del libro son las





dedicadas al primer gobierno de Berlusconi de 1994 y a la atribulada vida del segundo gobierno de Romano Prodi (2006-2008). Así las cosas, era inevitable que los políticos de los años noventa y de principios del dos mil tampoco solucionaran los problemas ligados a la deuda pública ni afrontaran la cuestión de cómo volver más redistributivo, y más justo fiscalmente, el Estado de bienestar. El libro, si bien fue publicado en italiano en 2015, en la práctica acaba con la victoria de Silvio Berlusconi en las elecciones de 2008 y con la reconfiguración del espacio político de centroizquierda a través de la fundación del Partido Democrático, en el que confluyeron los poscomunistas y los democristianos de izquierdas y que quiso presentarse como un partido que ocupara todo el espacio progresista en el marco de un sistema electoral mayoritario que, se pensaba *in illo tempore*, acabaría configurando un bipolarismo político de tipo anglosajón.

Di Nucci construye su interpretación sobre todo en torno a los escritos de Luciano Cafagna, un agudo historiador de orientación socialista cuyos escritos son citados en la mayoría de las páginas del libro, y en parte también en las reflexiones del académico y político Giuliano Amato. Sin ahorrar críticas al Partido Socialista Italiano, hay base para afirmar que su libro que se inserta en la tradición cultural-política del socialismo liberal italiano, desde siempre crítica con las corrientes democristiana y comunista. Considero que la primera parte del libro sobre la Primera República, aun ofreciendo no pocas reflexiones estimulantes, a veces cae en juicios apresurados. Por ejemplo, es discutible afirmar que el PCI se desentendiera tranquilamente de los costes de las medidas sociales que reclamaba ya que pensaba que nunca tendría acceso a la sala de mandos (p. 118). En el único momento en que apoyó a un gobierno democristiano, esto es, en la fase de la «Solidaridad Nacional» de 1976-1979, el PCI se alineó con la DC y con

los grandes sindicatos a la hora de promover una contención salarial que relanzara la industria nacional después de la crisis económica de 1973-1976 a cambio de inversiones públicas en el sector de los servicios sociales y de planes de ocupación. El mismo concepto de «austeridad» y las posiciones de Enrico Berlinguer sobre la «cuestión moral» se basaban en una racionalización del gasto público corriente que, de paso, socavara la exagerada influencia de los partidos en la sociedad. Lástima que el autor no haya analizado en su obra los años setenta, pasando de la década de los sesenta a la de los ochenta en las páginas 129-130, porque en esos años se produjeron también otras decisiones económicas que habrían merecido ser examinadas en detalle: desde una política monetaria laxa para sostener las exportaciones nacionales hasta la necesidad de mantener elevados niveles de gasto público que suavizaran una conflictividad social altísima. Como reconoció en sus memorias Guido Carli, hombre fuerte del Banco Central de Italia y economista de ideas ordoliberales, todas las fuerzas políticas eran entonces conscientes de que no podían aplicar fuertes medidas deflacionistas sin exasperar una situación social ya alarmante.

Más convincente me parece la parte del libro dedicada a la Segunda República. Di Nucci analiza con eficacia los conflictos entre los diferentes poderes del Estado que se produjeron en la primera mitad de los años noventa, el vacío dejado por el hundimiento de los partidos tradicionales y el auge de los mensajes populistas, la áspera conflictividad entre el centroizquierda y el centroderecha e incluso las divergencias entre partidos aliados. La misma figura de Berlusconi es descrita con equilibrio, en el sentido de que, amén de subrayar sus mensajes demagógicos, el autor le reconoce algunas cualidades que le permitieron protagonizar la escena política italiana durante tanto tiempo. El resultado de conjunto es un libro interesante





y nada banal que, independientemente de si el lector está de acuerdo o no con sus conclusiones o con su visión crítica del pasado republicano, consigue estimular la reflexión y obliga a elevar el nivel de autoexigencia intelectual a aquellos historiadores más cercanos a las culturas políticas ligadas al Partido Comunista Italiano y a la Democracia Cristiana.

Giaime Pala
Universidad de Gerona

